

EL NEGRO TIMOTEO

PERIÓDICO POLÍTICO, SATÍRICO Y BURLESCO

SUSCRICION MENSUAL:

60 centésimos

ADMINISTRACION, DAIMAN-282

SALE TODOS LOS DOMINGOS

TIENE EDITOR RESPONSABLE

NÚMERO SUELTO:

16 centésimos

Aviso

A LOS SEÑORES AGENTES

La Administracion les pide se sirvan arreglar sus cuentas hasta fines de Diciembre, y enviar el producto líquido de la suscripcion á la mayor brevedad.

El Ministro de un Dictador

(Drama histórico en un acto y tres cuadros)

PERSONAJES

- Un Ministro
- Un Ayudante
- Un Juez de Paz
- Un Teniente Alcalde
- Un Procurador
- Un Francés
- Un escribiente.

(La accion pasa en una República Sud-Americana).

CUADRO 1°.

(En un Juzgado de Paz)

El Ayudante—(entrando y dirigiéndose á las personas presentes) ¿Hay aquí alguno que se llame Don....Fulano de tal? (1) Es vd. acaso? (*Al procurador*).

El procurador—Sí, señor, el mismo que viste y calza. Qué se le ofrece á vd?

Ayudante—Que de orden de S. E. el Ministro de Gobierno me acompañe inmediatamente á su despacho.

Procurador—Y con qué objeto, señor?

Ayudante—Eso se lo dirá á vd. el señor Ministro.

(1) El actor dirá el nombre que mas le agrade, con tal que sea español por los cuatro costados.

Procurador—Señor Ayudante, tengo que entablar una demanda ahora mismo y está presente el interesado. Luego que concluya iré al Ministerio.

Ayudante—La orden que traigo es terminante, y estoy obligado á cumplirla.

Procurador—Y es por escrito, señor?

Ayudante—Es verbal y perentoria.

Procurador—Pues me parece que el señor Ministro de Gobierno no se hubiera rebajado con enviar la orden por escrito. Sin embargo, pronto me presentaré en el despacho.

Ayudante—Es que vd. irá conmigo.

Procurador—Entonces hágame el gusto de esperar un instante.

Ayudante—Imposible, debemos marchar en el acto, porque S. E. espera.

Procurador—Pero, hombre, tanta prisa tiene el señor Ministro? Vaya una singularidad!

Ayudante—Amigo, lo dicho, dicho; y dónde manda capitán no manda marinero. Conqué así. . . .

Procurador—Vamos, señor Ayudante.

El Escribiente—(Viva la Dictadura! Vivan los derechos individuales, los Ministros prepotentes, y la independencia del Poder Judicial!... Ah! patria feliz, patria feliz!)

CUADRO 2°.

(En el Ministerio de Gobierno)

Ayudante (Entrando)—Está cumplida la orden, Exmo. Señor.

Ministro (Con altanería)—Ha venido el Juez de Paz que mandé buscar?

Ayudante—Ha venido, Excelencia.

Ministro—Que entre.

Juez de Paz (Saludando)—Señor Ministro, beso la mano de V. E.

El Ministro (Orgullosamente)—Diga vd. cómo ha entendido en aquel asunto de. . . N. N. con una mujer francesa?

Juez de Paz—Como Juez conciliador y en el cumplimiento de mi deber, nada mas, señor Ministro. V. E. podrá convencerse de ello, pues he traído el libro de Conciliaciones.

Ministro—Nada mas que como conciliador, eh?

Juez de Paz—Nada mas, Excelencia.

Ministro—Síntese vd. (*Llamando*) Ayudante.

Ayudante (Apareciendo)—Ordene, Excelentísimo Señor.

Ministro—Que venga el Teniente Alcalde.

Teniente Alcalde (Entrando)—Señor Ministro, á las órdenes de V. E.

Ministro (Dándose importancia)—Qué ingerencia tuvo vd. en aquel negocio de. . . N. N. con una mujer francesa?

Teniente Alcalde—Intervine como Teniente Alcalde en comision.

Ministro—Y quién le mete á vd. en lo que no le importa?

Teniente Alcalde—Creo haber procedido. . . . No obstante. . . .

Ministro—Bueno, bueno, pase por esta vez; pero cuidadito con otra, ya lo sabe.

Teniente Alcalde—Está bien, señor Ministro.

Ministro—Síntese vd. (*Gritando*) Ayudante, que entre el procurador.

Procurador (Entrando) Señor Ministro, saludo á V. E. con mi mayor respeto.

Ministro (con tono altivo)—Es vd. quién dirige un asunto contra. . . . N. N.?

Procurador—Sí, señor, yo lo dirijo.

Ministro (Con ironía y mal humor)—Conqué director, eh?

Procurador—Y qué mal hay en eso, señor Ministro?

Ministro (Imperativamente)—Hay que dejar ese asunto. Ha oído vd?

Procurador—He oído, señor; pero ese asunto no lo dejaré mientras el interesado ó apoderado de la señora. . . . (*el actor pronunciará un nombre francés*) no me lo retire.

Ministro—Ah! no es vd. el apoderado?

Procurador—No, señor.

Ministro—Y quién es, y dónde vive?

Procurador—Es Don. . . . Mengano (*aquí un apellido francés*) y vive en la calle. . . . tal, número tantos.

Ministro (Escribiendo) Ayudante.

Ayudante—Pronto, Excelentísimo señor.

Ministro (dándole un papel)—Aquí tiene vd. las señas de la casa de Don. . . . Mengano. Que venga con vd. al Ministerio. (*Al Procurador*) Le repito que hay que dejar ese asunto.

Procurador—Siento no poder complacer á V. E. Ya he dicho que si el interesado no me quita la direccion de la causa, la seguiré agitando, señor Ministro, pues en mi concepto es buena; además, yo tengo que trabajar para mantener á mi familia.

Ministro—Vuelvo á manifestarle que hay que dejar esa cuestion.

Procurador (Respetuosamente)—Y yo, señor Ministro, vuelvo á decir que me es imposible complacer á V. E.

Ministro—Es que yo lo ordeno, ha entendido Vd? Lo ordeno. Vd. se propasa demasiado.

Procurador—Señor Ministro, creo que en mis palabras no hay ofensa ninguna; al contrario, he tratado á V. E. con el mayor respeto. Yo sí que debería quejarme del modo con que V. E. trata á un ciudadano español, que si alguna falta ha cometido, no es otra que resistirse á obedecer lo que el señor Ministro acaba de ordenar.

Ministro—Pues yo haré que Vd. me obedezca.

Procurador—Sí, señor, en lo justo y razonable.

Ministro (Colérico)—Y en lo injusto tambien. Obedecer á la autoridad es el primero de los deberes. Lástima que no haya dos *talleres nacionales*, para mandar á uno de ellos á los que desacatan los mandatos de la Superioridad! (Ah! si yo fuese Dictador en mi tierra!)

Procurador—Si fuera criminal, señor Ministro, V. E. estaría en su derecho enviándome á fabricar adoquines. Pero ha de saber, señor, que siendo padre de familia y honrado, trabajo para ganar honradamente el pan y el sustento de mis hijos. Así es que cuando una cuestion me parece justa y buena, la admito, señor, creyendo que los Jueces, no los Ministros, resolverán el asunto con arreglo á la ley.

Ministro—Tan buenos son los Jueces como los procuradores.

Procurador—El señor Ministro se excede; yo no me he hecho acreedor á que se me incluya en el número de los pícaros. V. E. que me conoce bien, siempre me ha puesto en el número de los honrados. . . .

Ministro (interrumpiendo)—Siga vd. ese pleito, y ya verá lo que le vá á suceder. Conqué piensan embargar, eh? Vayan, vayan á embargar, que serán recibidos á balazos.

Procurador—Como yo no me hallaré presente, poco me importa, señor Ministro, que se disparen balas si llega el embargo de que habla V. E.

Ministro—Qué dice vd? Qué poco le importa?

Procurador—Sí, señor, poco me importa que sean recibidos á balazos ó con dulces cuando llegue el embargo.

Ministro—Está bien. . . . (Qué insolente!)

CUADRO 3°.

Ayudante (asomando la cabeza)—Aquí está el apoderado de la mujer, Excelentísimo Señor.

Ministro—Haga entrar al francés.

El francés (con mucha cortesía)—Señor Ministro, tengo el honor de saludar á V. E.

Ministro—(Después de mirarlo y con voz despreciativa)—Miren qué tipete, miren qué tipete!

Francés—(Sorprendido del recibimiento)—Yo tipete, yo tipete! Extraño mucho, señor Ministro, que de este modo se reciba á un ciudadano extranjero. Yo no soy tipete; me llamo..... (Aquí un nombre y apellido francés.)

Ministro (con aires de dictador)—Oiga vd. Me vá vd. á abandonar el pleito que sigue contra... N. N. ¿Oye vd?

Francés No lo abandonaré, señor Ministro; y si V. E. quiere obligarme á ello, daré cuenta inmediata á mi Encargado de Negocios. He recibido un poder y no renuncio mi cometido.

Ministro—Sí, Vd. ha recibido un poder de..... una de tantas, no?

Francés—Me lo ha conferido una digna señora.

Ministro—(Con una sonrisa de burla)—Qué tipete!

Francés—Yo tipete.... tipete!.... Señor Ministro, ¿vé V. E. mis manos? Son las de un hombre trabajador y por consiguiente honrado. La señora que me ha dado el poder reside en Francia, y merece mejor tratamiento, señor Ministro.

Ministro—(Dirigiéndose á todos)—Preden retirarse, están despachados..... y cuidadito con no respetar mis órdenes, porque si no... hay un taller nacional y se necesitan adoquines para empedrar las calles.

Procurador—(De aquí al Consulado Español no hay mas que un paso. En derechura al Consulado Español.)

Francés (Retirándose)—*Voilà une manière de recevoir son monde, á la quelle je ne m'attendais pas, mais qui mérite bien la peine d'être rapportée á notre Chargé d' Affaires de France. Nous nous reverrons sans doute; alors Mr. le Ministre vous ne perdrez rien pour attendre, ma parole d'honneur.*

Procurador (Ya en la calle)—Que dijo vd. Mr?

Francés—Que el Ministro tiene un modo raro de recibir á la gente, y que no esperaba recibimiento semejante. Como vale la pena de que lo conozcan, se lo haré saber á mi Encargado de Negocios. Ya nos volveremos á ver las caras, señor Ministro, y entonces sabrá V. E. que nada ha perdido con aguardar un poco, bajo mi palabra de honor.

Juez de Paz—Es un despoton este Ministro de Gobierno!

Teniente Alcalde—Despoton con los inferiores y los que concurren por necesidad á su despacho; pero humilde y servil con el Dictador.

Juez de Paz—Pues ántes de separarnos, permí-

tanme vds. que les recite unos versos. Le vienen de perilla al señor Ministro.

Procurador—Eseuchemos, señores.

Juez de Paz (Mirando ántes á todos lados por si hay algun soplon oficial.)

Una ráfaga de viento
A gran altura subió
Un leve átomo de polvo
Que del suelo arrebató,
Viéndose el polvo tan alto,
Dijo con soberbia voz:
—Me hallo lejos de la tierra,
No me pisarán ya, no,
Voy á dominar á todos
Desde la altura en que estoy,
Y á mis plantas verá al hombre
Que orgulloso me pisó. . . .
Viva el aire, viva el viento
Que tan arriba me alzó! . . .
De repente negras nubes
Ocultan la luz del sol,
Y rasgándose, á la tierra
Lanzan un chubasco atroz,
Y envuelto en él torna el polvo
Al barro de que salió.

Teniente Alcalde—Muy bonita es la fábula.

Juez de Paz—Ahora atención á la moraleja:

Revuelta una sociedad,
Alza una revolucion
A un osado, á un ignorante,
Y les dá poder y honor.
¡En breve, para escarmiento
Del mundo, decreta Dios,
Que en el lodo torne á hundirse
El que un momento brilló!

Francés—Amigo, ha estado vd. oportuno.

Juez de Paz—Sí? Pues me alegro. . . . Hasta otro día, señores.

Procurador—Hasta mañana.

Francés—An revoirs, señor Juez de Paz.

FIN DEL DRAMA

NOTA—El presente trabajo puede ser puesto en escena por cualquier compañía dramática, exceptuando las de aficionados. El autor prohíbe á estas la representación de su obra, temiéndole que la destruyan tanto como ha destruido la Justicia y la independencia del Poder Judicial el Ministro que figura en este drama histórico.

R. I. P.

*Si polvo fuiste
Al polvo te volviste.*

«Ese vago clamor que rasga el viento,
No es la voz funeral de una campana,
Ni es el remedo del postrer lamento
De un cadáver sombrío y macilento
Que en sucio polvo dormirá mañana;»
Pues por mas que lo cante,
Con lleno y armonioso consonante
El autor de *Granada* y *Juan Tenorio*,
No puede un hombre yerto,
Es decir, un finado,
Ya esté en el purgatorio
Su espíritu inmortal, ya condenado
A irremisible pena, ó ya cubierto
Por la gloria del ser Omnipotente,
No puede lanzar quejas al ambiente,
A no ser que el *cadáver se haga el muerto*;

Lo cual no es maravilla,
Porque á la par del lírico Zorrilla,
Sabemos los prosáicos racionales,
Que en los tiempos actuales
Hay gentes estupidas,
Estúpidas mejor, las que, á sabiendas,
Para llenar sus fines personales,
Hacen lo blanco negro,
Inconcusa verdad á la mentira,
Ó califican de querub á un suegro,
De rubio á un pelinegro,
Y á una matraca de sonora lira.

Mas tornando á lo dicho hace un momento,
(Y perdone la musa castellana)

«Ese vago clamor que rasga el viento
No es la voz funeral de una campana,
Ni es el remedo del postrer lamento
De un cadáver sombrío y macilento
Que en sucio polvo dormirá mañana;»
Es el sollozo popular, el llanto
De ochenta mil personas,
Lo mas probo, mas digno y lo mas santo
Del público uruguayo y extranjero,
Las que, ornadas de fúnebres coronas,
Y el rostro lastimero,
Gimen la prematura,
La prematura, repentina muerte
De una noble y homérica figura,
De un Bayardo sin miedo y sin mancilla,
Como ninguno fuerte
En eso de soltar la taravilla!

Mas, por quién los gemidos
Que la apiñada muchedumbre vierte?
Quién el varon, el célebre difunto? . . .

No llega á tus oídos,
Pueblo sensible, ese rumor extraño,
Ese raro conjunto
De voces y suspiros y congojas?
No oyes el clamoreo
De la doliente multitud, que imita
Ya al general balido de un rebaño,
Ya al ruido de las hojas
Cuando la selva el huracan agita,
Ya á los toros bufando en el rodeo,
Ora al bramar del piélagos que irrita
La borrasca feroz, ya el alboroto
De asaltada ciudad, ó un terremoto,
La algazara y el choque de los fierros
De cruenta lid moruna,
El son de mil cencerros,
Ó bien la orquesta de un millon de perros
Aullando en altas horas á la luna?...

Pues bien, tan honda pena,
Tan intenso dolor y tal quebranto,
Que, cruzando la atmósfera serena,
En tu oído, oh! pueblo, en confusion resuena
Y el tímpano te rompe; duelo tanto
Que velozmente sube
Quizá de nube en nube
Hasta el trono de Dios, único y santo;
Son en honra de un prócer sin segundo,
Que si hoy ha fallecido
Como naciera ayer, desconocido,
Será mañana admiracion del mundo!

Ese ilustre varon, la flor y nata,
Y la prez y la gloria
Fué de las dos Repúblicas del Plata,
Y sino de las dos, seguramente
Lo fué de la República de Oriente,
Y ocupará en su historia,
Desde ya se susurra,
El puesto merecido y eminente
Que en la de Egipto el Apis,
Y en la bíblica el burro y la serpiente.
Quiero decir, la burra
Del profeta Balaam; en su homenaje
(Me refiero al ilustre personaje
Que la imponente muchedumbre llora,
No al burro ni al profeta)
La cítara insonora
Del buen admirador y mal poeta,
Le ofrece estas ortigas,
En lugar de laureles y de palmas,
Que no pude encontrar en mi chabeta
A pesar de mis improbas fatigas. . . .
¿Pero quién es el hombre
Cuya pérdida gimen esas almas,

Cuál es él y su nombre?
Es el pintor del general Artigas.
Él es. . . nadie se asombre!!!

Con tono balbuciente
Me preguntas, oh! pueblo, sorprendido:
—Cómo, murió el valiente
Soldado de la próroga, ha caído
El Sanson del dibujo, ese pujante
Paladín de Latorre ha sucumbido?
¿Murió el forzado caballero andante
De la prensa periódica, el gigante
Talento universal ha fallecido?
—Sí, pueblo, ha concluido
El gran tribuno, el orador brillante;
Ha muerto ese famoso
Pintor y redactor y publicista,
Proroguista, pancista y latorrista,
El elefante, el águila, el coloso!

Ha muerto! . . . Mas no muerto
Como el cadáver que cantó Zorrilla,
Ni reposa por tanto
Bajo el altar de lóbrega capilla,
Ó en sótano desierto
De vieja catedral, ni en honda fosa
De pobre camposanto
Ó de rica necrópolis reposa.

—Entonces, cómo ha muerto?
Vuelves á preguntar, público amado;
Es positivo, es cierto
Que ese genio sin par ha terminado,
Ó es tan solo una grilla
Como la del cadáver de Zorrilla
Que al viento se quejaba?
Está difunto ó vivo
El del pincel y de la pluma brava?
—Que está difunto y vivo te respondo,
Y esto es lo positivo.

Oye, pueblo, no yace en lo mas hondo
De un camposanto, ni tampoco yace
Al pié de una poética cuchilla,
Entre la grama verde
Y bajo de una cruz, con la sencilla
Inscripcion *Aquí paze*,
En idioma latino y castellano,
Para que el buen católico romano
Al pasar por el sitio le recuerde,
Y le alze una plegaria fervorosa;
En fin, del periodista de quien hablo
No tragóse la piel la tierra fria,
Y ni en noche estrellada ó tenebrosa,
Ni en buen día ó mal día
Su alma llevaron el Creador ó el diablo
Para darle la digna recompensa,
(Lo que ignoro si es suerte

O infortunio, lo digo sin ofensa)
Solo sé que su muerte,
Si es falsa por un lado,
Es por el otro un hecho consumado:
Para el mundo que come y el que *piensa*,
(Hablo de la cebada)
El ilustre varon no ha fallecido;
Mas respecto del mundo de la prensa,
El ilustre varon ha sucumbido!
Oh! pérdida fatal, incomparable!
Mas que la mar, inmensa,
Mas que la de Luzbel, irreparable!

Y ochenta mil personas,
Ochenta mil, lamentan el vacío
Que en el anejo estadio
De la prensa ha dejado
El *no difunto* prócer *ya finado*,
Pintor de hombres y monas,
De árboles y ventanas y marinas,
Autor de obras *lloronas*,
Y Ciceron . . . de *chispas diamantinas!*
Ochenta mil, ochenta,
Tenlo, público, en cuenta,
Deploran la desgracia prematura
De la perla de nuestros publicistas,
Del rey de los pictóricos artistas,
Del monarca de nuestros oradores,
De la altiva, pindárica figura
A quién tributo aplausos y loores
Desnudos de malicia,
Mas llenos de verdad y de justicia!

Ochenta mil personas,
Sanas, como las bíblicas manzanas,
Puras, como el cristal del Amazonas,
Limpias. . . como las arcas musulmanas;
Lloran inconsolables
Al Hércules de nuestros periodistas;
Y ese tropel de gentes venerables,
Son pancistas, mamones, proroguistas!
Y cómo no han de ser puras y sanas
Y limpias, si son *ranas?*
Han de estar, de seguro,
Con cuerpo limpio y puro
Y tambien sano. . . El agua quita todo,
Ya caliente ó ya fria,
Manchas de sangre, enfermedad y lodo. . . .
Es remedio sin par la hidropatia!
Y qué balde, qué balde
De agua heladita les echó el Alcalde
A las dichas personas;
Y no obstante, esas gentes,
En lugar de quedarse tiritonas,
Se quedaron *calientes!* . . .

Pero pongamos punto
 A nuestras alabanzas al difunto,
 Pues ya bastante le hemos celebrado:
 Y démosle un adiós.....hasta la vista!
 Al héroe malogrado,
 Al óptimo plumista,
 Al Dios de la pintura y oratoria,
 Al muerto no enterrado *espiritista*,
 De nuestra patria refulgente gloria!

Espiritista!.....Oh! cielo,
 Y yo saber esta noticia ha poco:
 Qué desgracia, qué duelo!
 Con nada me consuelo.....
 Espiritista!.....loco!
 Loco estoy de pesar, loco de pena!....
 Ha días solamente
 Que de muy buena fuente,
 Oh! de fuente muy buena,
 La noticia he sabido;
 Y qué tarde, qué tarde me ha venido!
 Ah! si hace un mes la hubiese conocido,
 Cuántas cosas le hubiera preguntado
 Al *cadáver* del prócer *no finado*:
 Le hubiese preguntado si *fundido*,
 Él había, ó *fundado*,
 Una *Vida Civil*, que mas que *vida*
 Fué su muerte cruel!.....Paz al suicida!....

Adiós, oh! propietario,
 Que, al igual de tu diario,
 Del polvo dó saliste
 Al polvo miserable te volviste!
 Oh! amargo desenlace,
 Oh! desenlace triste! . . .
 Mira, cuando la muerte verdadera
 Tu esbelto bulto abraza
 Con levitín y todo, en la pradera,
 Si me permiten, abriré una fosa,
 Y allí te enterraré! . . . Cruz de madera
 Pondré sobre tu cuerpo . . . y *Aquí paze*,
 En idioma latino y castellano;
 Así la muchedumbre pasajera,
 Así sabrá que yace
 Entre la verde grama,
 El humilde cristiano
 Que hoy don Eduardo Carbajal se llama...
 Adiós, adiós hermano
 En la naturaleza! . . . Adiós artista,
 Eseritor y orador! . . . Adiós he dicho?
 Vaya un raro capricho!
 No, *cadáver viviente*, . . . hasta la vista!

Timoteo

VARIEDADES

Me gustan todas

Quedamos en que Dios, que es la suprema sabiduría, no podía en su primer regalo de aguinaldo que hizo al hombre, ofrecerle una joya mas preciada que la mujer. Ya se vé que podía haberle regalado algunos utensilios de aplicacion mas inmediata, *verbi gratia*: unos calzones, un sombrero y unas botas, ó algo con que refrigerar el estómago, por ejemplo: unas botellas de cerveza de Baviera, ó un ponche á la romana ó un *cock-tail* á la turca; ó finalmente, algo con qué pasar el tiempo y distraer el ocio, como si dijéramos, una caja de tabacos de la Vuelta de Abajo, ó un album para monogramas; pero Dios lo hizo dormir profundamente, primer beneficio inestimable de que muy pocos disfrutan, y en seguida le dió el mas bello, el mas grato y el mas dulce despertar de cuantos puede imaginar la mente humana, ofreciendo á su vista ese manojito de hechizos, ese emporio de gracias y seducciones que iba por grados sorbiéndole el seso y produciendo la mas sabrosa embriaguez en sus sentidos y potencias.

¿Quién podría explicar lo que le pasó á Adán en esos momentos? Una revolucion estupenda se operó en toda su naturaleza; en ese instante cayó en la cuenta de que tenía nervios; por sus ojos pasaba una cosa rara, pues parecían pasar como un juego de aguas, círculos y semi-círculos, concéntricos y esecéntricos, y arcos antepuestos y contrapuestos; sus oídos zumbaban, su sangre ardía, y el infeliz, ó mejor dicho, el felicísimo, rodara por el suelo si *ella* carifosa, amante, blanda, no le recibiera en sus brazos, y recostándole sobre su espléndido y palpitante seno, imprimiera en su frente el mas puro y casto de los ósculos, celebrado en el empíreo por un coro de ángeles y llevado en alas del aura á los piés del suegro universal, digo, y perdon por la inocente blasfemia, del Supremo autor de todo lo creado.

Pero me estoy desviando de mi propósito y entrando en honduras; mas debo confesaros, lector ó lectora, que muchas veces me he estado piensa que piensa en aquella historia de la manzana, y trasportado á bordo de mi fantasía, al teatro de los sucesos, he imaginado los diálogos mas tiernos, las miradas mas lánguidas, las caricias mas dulces y....que sé yo lo que me he imaginado; pero reniego de la serpiente intrusa que nos ha metido en el berengenal en que vivimos ahora.....

Decía, pues, que la mujer es el don mas precioso hecho al hombre. En la infinita variedad de la especie, las hay para todos los gustos é inclinaciones: serias y estradas para los ingleses; coquetas y volubles para los hijos de la Francia; sabrosas y encantadoras para los españoles; caseras y tranquilas para los alemanes; ardientes y celosas para los hijos de la península itálica; voluptuosas y sumisas para los turcos; altivas y orgullosas para los rusos; y, en fin, graciosas, chispeantes, soñadoras para los naturales de estas tierras de América, en que se mira Dios como en un espejo.

Y luego, qué puede usted pedir que no consiga? ¿Le gustan á vd. las altas? También á mí—tan airoas, tan flexibles; caminan con la majestad de una reina; hay tanta nobleza en todos sus movimientos, cierto aire distinguido en su fisonomía, y un no sé qué atractivo y halagüeño, que le dá ganas á uno de caer de rodillas.

No le gustan á usted las altas sino las chiquitas? También á mí—tan graciosas, tan bien formadas, tan redonditas, tan prominentes, ¡qué sal! qué seducción, qué hechizo! y qué ganas de abrazarlas, de decirles ternezas, de pasearlas en palanquin, de hacer el necio, de derretirse delante de ellas.

No le gustan á usted ni altas, ni chiquitas, sino un término medio?—mire usted qué tal, también á mí; siempre fué mi ideal el justo medio: yo soy eclético hasta en el amor: ni tan altas que me lleven á mí, ni tan bajas que haya de llevarlas yo colgadas.

¿Gusta usted de las rubas? ¡Oh! qué ángeles, cuyas cabezas parecen doradas espigas del mas dulce grano, cuyos ojos parecen pedazos del cielo límpido y diáfano, cuya boca es purísimo coral que guarda perlas indias, cuyo cutis de nácar se vé poéticamente sureado por azules venas, por donde no corre sangre, sino miel hiblea; cuyo cuello de cisne es suave como el armiño, cuyo seno semeja los albos y móviles cabritillos gemelos del Cantar de los Cantares, cuya cintura es junco flexible que al suave soplo del aura plácido cimbra, y cuyo paso, en fin, es de sílido, que parece rozar el suelo mas bien con las haldas de su blanca túnica, que con esos puñaditos de nieve apretados entre chapines de raso y formados mas para pisar nubes que materia terrestre!

¿Gusta usted de las morenas? Excelente! eso es ser cuerdo; cómo no ha de gustarle ese cutis aterciopelado color de lirio, en donde bajo dos arcos de triunfo, negros como el ébano, brillan dos pedacitos del infierno que abrasan sin quemar, y se dibuja bajo una nariz voluptuosamen-

te abierta para aspirar las embalsamadas auras preñadas de átomos sobreexcitantes, una boca fresca, húmeda, provocativa, roja como la flor del granado, y cuyos lábios inspiran las ideas mas atrabiliarias, y el cuello mórbido y los hombros torneados, color ganas de morder, y el seno insolente, inquieto, movedizo, insufrible, y la cintura ondulante, y arqueado, abundoso, espléndido el resto!

¿Gusta usted de las gordas? Alabo el gusto; son tan fachosas, tan blandas, tan tolerantes, y tan poco amigas de idilios!

¿No le gustan las gordas, sino las flacas? claro está, á cualquiera le sucede otro tanto, pues hombre, ¿en donde hay mas esbeltez, ni mas espiritualidad, ni mas romanticismo? «Aéreas como doradas mariposas,» inateriales como el suspiro de las auras, ténues como la bruma de otoño, lánguidas como una melodía de Weber, tiernas como una balada alemana, son la dama blanca de las consejas escocesas, las mensajeras misteriosas del alba matinal, que cruzan envueltas en vaporosos cendales el éter, dejando una estela de azulada luz en el firmamento, y se pierden léjos, muy léjos. . . .

Y si de las dotes y accidentes físicos pasamos á las dotes y cualidades morales ¿qué buscará usted que no encuentre á la medida de sus gustos?

Las quiere usted sencillas, ignorantes, candidas? Ah! qué bello! cuánto halaga ver los colores del rubor en las purísimas mejillas de un ángel en bruto, ser su maestro, descorrer á sus admirados ojos el panorama del mundo, llevarlas de sorpresa en sorpresa, deslumbrarlas, mostrarse á ellas superior y digno de ser servido como amo y dueño!

¿Las quiere usted despiertas, sabidillas, picaconazas? Maravilla de Dios! y qué viveza, qué dichos, qué seducciones, qué palabritas confitadas, cuánta picardía capaz de volcar los sesos mejor envasados en la cavidad cerebral!

Las quiere usted formalitas? ¡qué gloria! son las mejores; todos las atienden y respetan y recomiendan; delante de los demás no matan una mosca, ni quiebran un plato; á solas, oh! á solas, son capaces de comérselo á uno á besos; se resareen y cobran intereses acumulativos!

Las quiere usted alegres? ¿Para qué necesitaría mas, si con ellas solas tiene cuerpo de baile con orquesta y castañuelas; si su casa seria el palacio de la Aurora, en donde todo sonrie, y los ecos repercuten las carejadas, y los artesanos crujen al arrullo de los entusiastas cantares?

Es usted romántico? pues hallará mujeres

que almuerzan endechas, comen capuz y cenan arsénico.

Es usted clásico á rabiarse? no faltan mozas rollizas con cada cuarto como una catedral, y que pueden dejarlo á usted lo mismo que borujo de lagar.

Es usted poeta? No le faltarán bellas Cloris, Silvias y Galateas, ya coronadas de mirtos y arrayanes, oliendo á grama; ya llevando huevecillos en la falda y frescos requesones sobre hojas de box y de calabaza, con harto pronunciado olor pastoril á terpera ó borreguillo.

Es usted amigo de jugar con la pólvora? sobran coquetas que le darán á razon de diez desazones por minuto, y tendrá usted una reconciliación y un conflicto cada dos segundos.

En fin, cómo le gustan á usted? Con confianza; mire que soy tolerante y que nunca me ha sucedido tener en ese renglon gusto contrario al de nadie.

Picaron! Pues ¿no se me queda cantando el *Me gustan todas* del *Jóven Telémaco*?

Oh! sí, tiene mucha razon, pero yo me permitiría ántes de poner fin á este artículo, decirle á usted, lector, con el poeta Revilla—usted no conoce á Revilla?—yo tampoco; pero no es urgente; por ahora nos basta saber lo que dijo, y lo que dijo es esto:

Mujeres hay de espléndida hermosura
Cual la arrogante dalia,
Que, sin fé, ni pasion, ningun aroma
Ocultan en su alma.
Otras, cual la violeta pudorosa;
Sin hermosura tanta,
Tesoros de ternura y de pureza
Dentro del seno guardan.
¡Ay! del amante que insensato adora
La dalia matizada!
¡Feliz aquel que de violeta humilde
Aspira la fragancia!

J. L. J.

COSAS DE NEGRO

Charadas

Todos los días de Dios
Un largo *cuarta y primera*
Hace el lector *una y dos*
De mi *segunda y tercera*.
Mas si ese su gusto no es,
Hará *prima, dos y última*
De mi agradable *penúltima*,
Que es lo que haría un inglés.

Prima dos y tres se llama
El fruto de mi *total*;
Si lo hallas te hará la fama
Charadista sin igual.

Hilo es de color de plata
La *primera*, con la *tercia*,
Y equivale á diez justitas
Dos y prima en aritmética.

La *primera* repetida
Dicen algunas muñecas,
Y el que haga *tercia y segunda*
Lo hará en el agua, no en tierra.

En sentido metafórico
Mi *todo* es cárceles y cuerdas,
Y en ese mismo sentido
Se vé en montañas y sierras.

Jacinto Ortsac.

En un Juzgado del Crimen

JUEZ [*con severidad*]—¿Tiene vd. otro proceso?
¿Lo han sentenciado algun día?
¿Estuvo en el taller preso?

ACUSADO (*con sorna*)—Nunca me ha pasado eso,
Nunca, señor Juez... y á Usía?

Nos dicen que en una de las escuelas municipales de la capital, ha sucedido el caso siguiente entre un examinador y un alumno.

(Bueno es advertir al lector que el primero es un poco mas sordo que el Coronel Courtin, y el segundo un *pichon* de presidiario segun todas las apariencias).

Examinador—Diga vd. niño, ¿qué es geografía?

Examinando—El arte de hacer cohetes voladores, bombas y demas fuegos artificiales.

Examinador—Muy bien. ¿De cuántas partes consta?

Examinando—De cinco, que son: ¡Paf! Pef! Pif! Pof! Puf!

Examinador—Perfectamente, aprobado. . . .

Un oyente—Por una-nimiedad.

Cuando se confiese el diablo,
Y la rana crie pelos,
No haya estrellas en los cielos,
Baile *pericon* San Pablo,
Haya nieve en primavera
Y la mula para un hijo,
Entonces cesa de fijo,
Nuestra *crisis* financiera.